

NOTAS ECOLÓGICAS

OBSERVACIONES SOBRE LAS AVES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

POR EMILIO A. ZUBERBHÜLER¹

9-10-49. José C. Paz (Moreno). Día lindísimo con sol radiante, sin viento. Bastante fresco. En los árboles hay Espineros (*Anumbius anumbi*), parados sobre sus nidos. Algunos cantan. Muchas nidos aún están en construcción y hay gran actividad de acarreo. En los árboles chicos de la ruta, un nido de estas aves, doblega completamente la planta que ocupa, y otro oculta casi completamente la copa del árbol. Uno construía sobre un poste de alambrado, aparentemente con mucha dificultad, y había muchas ramas acumuladas al pie del poste, pero el ave no la tenía en cuenta, yendo a buscar nuevo a bastante distancia. Otro hacía su nido entre los travesaños que sostenían un cartel de remate. Otros dos nidos de Espineros estaban colocados en el alambrado de puas. Los dos estaban en el segundo alambre, desde el suelo; uno apoyado en un varillón, y el otro contra el poste de una tranquera. El lugar era poco frecuentado, de lo contrario ya lo hubieran destruido. En un paraíso, había un nido de Espinero con cinco huevos frescos. La cámara de incubación tenía más "lana" de cardo y menos crin de caballo que de costumbre, posiblemente por falta de animales en la vecindad. En un poste telefónico había dos nidos de estas aves, superpuestos, y con las bocas en la misma dirección.

12-10-49. Camino a "La Brava". A poco de pasar por Luján, vi dos nidos encimados de Horneros (*Furnarius rufus rufus*) sobre un poste telefónico, con las bocas en direcciones opuestas. Observé muchísimos nidos en la ruta, sin poder llegar a una conclusión de que un mayor porcentaje mirara en una dirección determinada, pues los había en todas direcciones.

Sobre un poste puntiagudo, un nido de Hornero, que colocado en esa forma, parecía mucho más alto que de costumbre, con la puerta muy arriba. Otro sobre el filo de una tranquera, tenía en cambio, medidas que llamaban la atención por lo ancho; pues siendo el barrote de la tranquera bastante angosto, se afirmaba del modo dicho. La cámara de incubación tendría que ser bastante angosta en una de sus dimensiones.

Más adelante, a unos 20 km. de Luján, vi un nido de Leñatero "colgado" de un poste telefónico, y digo colgado, porque se balanceaba con el viento y sólo estaba sujeto por unas ramitas entreveradas de los travesaños superiores. Como ha llegado a estar así es un misterio, ya que el viento lo hubiera volteado totalmente. Lo cierto es que estaba habitado, ya que vi salir a uno de sus dueños por la puerta, que quedaba algo hacia abajo. Daba la impresión de gran firmeza, pese a su movimiento, y puede caber dentro de lo posible que habiéndolo volteado

(1) Emilio Zuberbühler, fallecido el 9 de Agosto de 1961, fue un ornitólogo de verdadera vocación, y un observador inteligente e infatigable. De sus voluminosas carpetas y cuadernos de apuntes inéditos, hemos extractado las notas que publicamos por considerarlas de gran interés, respetando las fechas en que fueron tomadas, y que están indicadas en forma numeral al principio de cada una de las anotaciones.

el viento, los dueños lo hayan afirmado tejiendo más ramitas en la parte por la que colgaba.

Más adelante, siguiendo por la ruta, vi otro nido de Leñatero construido sobre el filo de un letrero de remate, con bastante bulto colgando a ambos lados del cartel. En los árboles nuevos, a los costados del camino, había nidos que ocupaban casi toda, o toda la copa, y no dudo que en estos casos sean muy perjudiciales para la planta. En un caso que me llamó la atención, había tres nidos encimados, y se veían las tres bocas que miraban hacia el camino, y por efecto de su peso, la planta estaba totalmente doblegada.

22-10-49. "La Brava". Día frío y humedad excesiva. Temprano fui hasta el fondo del monte, recorriendo la fila de macloura. Además de los pájaros de costumbre, hoy callados y quietos, oí el canto de la Ratonera (*Troglodytes aëdon*), y luego las siguientes notas: *Tec-tec-tec-TUIK tec-tec-tec*. . . Tardé alrededor de media hora para ubicar al autor, que resultó ser un Piojito amarillo (*Pseudocolaptes sclateri*). Poco arisco, bien oculto, llegaba hasta las ramas sobre mi cabeza. Se movía de manera similar a la Ratonera, algo más nerviosamente. Vi otro, algo más tarde, al otro lado del parque, entre las cañas, y contra el cielo gris oscuro, pude observarlo a gusto. Cuando canta, al llegar al "TUIK", levanta la cabeza y parece buscar algo a su alrededor.

Al mediodía observé una pareja de Horneros (*Furnarius rufus*), recorriendo la cornisa del frente de la casa. Su lugar favorito era el encuentro de la cornisa con la pared de una de las torres laterales. En horas de la tarde han comenzado la construcción del nido. Con el ángulo formado por las paredes se evitan buena parte de la construcción de su obra. Trabajan muy rápido, al cabo de una hora y media tenían ya hecha una media luna de unos cuatro centímetros de alto. Se alternaban para buscar el barro, que traían de un camino a unos cincuenta metros del lugar. Al llegar uno, el otro partía casi de inmediato. El que llegaba descargaba el barro con un movimiento rápido de su cabeza, y luego, empleando el pico como fratacho, lo colocaba en su lugar. Emplean los costados, y principalmente la parte de abajo del pico, teniendo manchado con barro hasta las primeras plumas de la garganta. Golpean el barro recién puesto alternativamente con los costados del pico, a gran velocidad, y yendo nerviosamente de un lado al otro del nido. El excedente de barro que quedaba en el pico era sacado frotándolo más lentamente contra la parte del nido ya seco. A veces caminaban por la parte interior del nido, y en una oportunidad, uno de ellos, presumiblemente la hembra, se recostó en lo que sería la cámara de incubación, inflando las plumas, como si estuviera incubando. Sólo una vez, estando el otro a la vista, bajó el que estaba en el nido sin esperarlo, para buscar barro juntos. Todo el trabajo se efectuó en silencio. A la caída de la tarde subí al techo, desde donde pude ver el trabajo efectuado, y vi además del pasto seco mezclado con el barro, dos o tres briznas de pasto bien verde. Suspendieron el trabajo a las 19,30 horas, pese a que aún había mucha luz.

24-10-49. Salí temprano. Hacía frío, pero lo molesto era un viento del N.O. Cielo completamente cubierto. Vi que el nido de los Horneros avanzaba a más velocidad de lo que calculaba. Ya comienza a curvarse hacia adentro la pared. Contra el muro de la casa, el nido está más ele-

vado, y su pared tiene una pendiente suave hacia el borde de la cornisa. Ahora trabajan los dos a la par, sin esperarse uno al otro, y esto se debe, probablemente, a que con la lluvia hay barro en el frente de la casa, en el camino, a muy corta distancia del nido.

4-4-50. No pudiendo salir a caballo, doy una vuelta por el parque. No veo nada nuevo, pero hago algunas observaciones sobre el vuelo de los Pirinchos. (*Guira guira*). Puedo dividirlo en tres etapas: 1) El aleteo y la planeada, tan característica; 2) La "frenada" efectuada bajando la cola hasta la vertical, y echando las patas para adelante, y por fin, 3) El equilibrio, cuando ya se han posado en el suelo o en una rama, y levantando la cola bien hacia arriba. Si volando deben doblar repentinamente, hacen abanico con la cola, dejando ver las manchas blancas de las caudales, y la emplean de timón. Las he visto muchas veces caminar a lo largo de una rama, agachadas, equilibrándose con la cola. Maniobras algo parecidas se observan en las Calandrias.

En el potrero lindante pude observar las Lechucitas (*Speotyto cunicularia*). Sus halconeadas me parecen maravillosas, cuando quedan como suspendidas vibrando las alas en un mismo lugar. Además, tienen un vuelo tranquilo donde las alas no pasan la altura del lomo, y aunque el aleteo es relativamente lento, el progreso es bien rápido. Este vuelo lo emplean al desplazarse a ras de los pastos. Así van durante largos trechos, y cuando llegan a un cardo o un poste, abren del todo las alas, frenándose, extienden hacia adelante sus garras y en cuanto las asientan cierran sus alas rápidamente.

25-11-50. Estuve observando a dos Jilgueros (*Sicales flaveola*), en lo que yo llamaría "invitación a construir el nido". Estando sentado en el corredor del frente de la casa, vi bajar de un castaño vecino dos Jilgueros (macho y hembra), y ponerse a comer en el borde del césped. Caminaban por el sendero y pegaban saltitos con las alas cerradas, agarrando las semillas de los pastos con el pico. Después de unos diez minutos de esto, el macho comenzó a vibrar las alas muy rápidamente, irguiendo a la par todas las plumas del abdomen, y así se acercaba lentamente a la hembra, ajena totalmente a lo que pasaba. Inmediatamente el macho tomó una ramita seca del suelo, y con ella en el pico y vibrando siempre las alas, pero algo más lentamente ahora, comenzó a dar vueltas alrededor de la hembra. Cambió de ramita seis veces, hasta encontrar una aparentemente de su agrado, con la cual voló hasta las ramas inferiores de un árbol que estaba a unos tres metros del camino. Allí esperó cerca de un minuto, pero como la hembra no concurriera, voló hasta cerca de ella, con la ramita aún en el pico, y corrió por el suelo hasta estar junto a ella, que no hizo más que caminar unos pasos aceleradamente y seguir comiendo. Aquí, en el suelo continuaba el batir de lento de las alas y la apariencia del macho era, en cierto momento, el de un pichón. Varias veces voló al mismo árbol, y a la misma rama, pero la hembra seguía inmovida y él mismo volvía al suelo, a repetir sus vibraciones de alas, sus acercamientos rápidos y sus vueltas. No se cuanto podía haber durado esta maniobra, porque llegó gente al corredor y volaron los protagonistas.

Salí a caminar hasta el borde del potrero, y desde allí vi una hilera de puntos pasando cerca de los pastos. Mirando con un viejo antejo

marino, pude comprobar que eran Cigüeñas (*Euxenura maguari*), que volaban en círculo tomando altura. No se les veía batir las alas. Poco a poco fueron ascendiendo hasta perderse de vista, en círculo cada vez mayores. Conté veinticinco, subiendo así. Algo más tarde, volando hacia el Este, a menor altura, setenta y cinco más. Había varios más en mi horizonte que llegaban aislados, y en total calculé más de ciento cincuenta.

Hacia el atardecer, tres Cigüeñas volaban altísimo sobre el parque en amplios círculos. Encuentro un Pijú de pecho claro (*Synallaxis albescens*), cuyo canto monotónico pude oír durante un largo rato.

Ya casi de noche seguí observando a una Lechucita (*Speotyto cunicularia*) que andaba en el frente de la casa. Había elegido la punta del cedro azul como percha, y desde allí bajaba directamente al suelo, o se elevaba para empezar a halconear a unos diez metros de altura. Cuando estaba en su percha lo podía oír "cantar". Sus notas me resultan muy agradables, aunque algo tristes, pero curiosamente musicales. Después de una halconeada de breves segundos se largó sobre el pasto y se elevó con algo entre las garras, que la escasa luz no me permitió determinar.

2-12-50. En compañía de Alberto, hijo del encargado, fuí al monte de álamos blancos, donde encontramos en el suelo, un pichón crecido de Chimango, que trataremos de criar. Había nidos de Torcazas, la mayoría con dos huevos, pero también algunos con pichones. Varios nidos de Espineros, con huevos. También observamos nidos de Chimangos, dos de los cuales estaban asentados sobre nidos de Espineros modificados. Vimos un Benteveo real (*Tyrannus melancholicus*), solitario en las ramas más altas y secas de un álamo. No se inmutó con nuestra presencia. Al regresar, vimos volar sobre el parque dos Cigüeñas que pasaron muy alto.

Después del almuerzo fui hasta un cedro azul cercano para observar un viejo nido abandonado de Espinero, del que su mayor parte ya se había caído al suelo. Quedaba, no obstante, una parte chica. Dentro de esta parte encontré tres huevos de Jilguero, pero esto no es lo más curioso, ya que sobre este pedazo de nido, que viene a ser sólo la cámara de incubación del antiguo nido de Espinero, había una depresión y dentro de ella, dos huevos de Torcacitas (*Columbina picui*), como si no bastara con este "nido doble", poco más arriba, en la misma planta hay un nido grande nuevo de Espinero, ocupado por sus legítimos dueños, y arriba de éste, uno de Jilguero, sin huevos. Todo esto me hizo pensar en la cuestión de los "territorios" entre pájaros en la época de cría.

3-12-50. Hice mis primeras observaciones sobre el Pijú de pecho blanco (*Synallaxis albescens australis*), más o menos completas, porque hasta ahora sólo lo había oído, y esto no me daba idea del pájaro. Pude, pese a la mala luz, ver sus colores, forma, movimientos, y posturas de canto. A primera vista se parece a cualquier otro Pijú, de los que se distingue bien poco, y creo que este es el más raro.

Sobre un montecito de álamos plateados viejos e inclinado, vuelan unos diez Chimangos (*Milvago chimango*). Una revisada rápida me permitió ver ocho nidos de estos rapaces. En uno que estaba a sólo tres metros del suelo, había dos huevos.

De vuelta, en la enredadera de la pared de la cocina, encontramos un nido de Misto, con cuatro huevos propios, y uno de Tordo.

5-12-50. Muy lindo día. En un pino, a unos seis metros del suelo, ubiqué un nido de Piojito azulado (*Poliophtila dumicola dumicola*), que aún no tiene huevos. La hembra anduvo dando vueltas a mi alrededor todo el tiempo, bastante confiada, pero no se arrimó al nido en ningún momento, mientras me encontraba en la vecindad. Descubrí el nido por casualidad, alejándome, me oculté tras otro pino, la vi acercarse al nido, dando muchas vueltas por las ramas antes de llegar. Este nido es muy pequeño, y de forma circular. Está ubicado a unos dos metros del tronco grueso del pino, justo donde arrancan otras ramas. Una vez ubicado el nido, me oculté tirado entre los pastos, pero la hembra desconfiada no se acercaba. En eso estaba, dando vueltas a mi alrededor, cuando llegó a la rama del nido una hembra de Misto, y la Piojita la atacó. Procedía de manera parecida a la de las Tijeretas con los Chimangos y Lechuzones, esto es, efectuando pasadas muy rápidas a distancias muy escasas del lomo y de la cabeza del atacado. El misto resolvió retirarse. Poco después apareció una Matadura (*Machetornis rixosa rixosa*), que se detuvo dos ramas más abajo que la del nido. También fue atacada por la Piojita, con gran furia, pero esta vez procediendo como un Colibrí, es decir, que daba la impresión de subir y bajar en el mismo lugar, vibrando las alas, justo enfrente de la cabeza del Matadura. Este empezó esquivando los ataques, pero como estos se reanudaban, le tiró un picotazo al Piojito, y luego se retiró protestando.

Después dediqué a observar los vuelos nupciales de las Torcazas (*Zenaida auriculata virgata*), cosa que sucede casi durante todo el año, y que casi siempre es así: El macho y la hembra andan en la misma rama; el macho comienza el cortejo con poca reacción de su compañera; el macho sale volando, golpeando las alas al juntarse sobre el lomo (produciendo el efecto de aplausos), sacando el pecho y procediendo en general con inusitada energía. Esta ascensión la efectúa en ángulo ascendente, hasta llegar a una cierta altura que varía según la colocación de la rama inicial. Una vez llegada a esta altura, gira, y baja planeando de tal manera que vuelve a un lugar cercano al de salida. Raras veces vuelve al mismo lugar. Muchas veces la hembra vuela hasta reunirse con el macho, pero no siempre. En cuanto al planeo descendente, generalmente el envión le alcanza para volver al punto de partida, de manera que no aletea. Cuando veía al macho volver a una rama, el pensamiento que me cruzaba la mente, al ver el comportamiento del ave, era que debería estar pensando: "Que demonio hago acá", ya que es singular su aspecto desconcertado.

6-12-50. Esto es muy interesante: En el nido de Cabecita negra (*Spinus m. magellanicus*), en un ciruelo japonés, de donde salieron ya cuatro pichones, están haciendo su nido una pareja de Mistos. Para esto aprovechan el nido viejo, al que han añadido un reborde de pajas que sobresale por todos lados. Aún no hay huevos.

8-12-50. Día excesivamente caluroso. Despejado por la mañana. Por la TARDE, (lo pongo con mayúsculas porque fue una tarde excepcional y asombrosa). Poco después del almuerzo, comenzó a juntarse una tormenta a mucha velocidad. No soplabla la menor brisa. El calor se volvió bochornoso. Los pájaros estaban todos quietos y callados. Algunos vo-

laban como nerviosos de un lado a otro, y de vez en cuando se oía algún canto suelto, pero en general estaba silencioso. Era tal la carga de la atmósfera que hasta nosotros estábamos nerviosos unos con otros. Hacia el S.O. el cielo empezó a tomar unos tintes rojizos muy raros, y poco después empezaba a llover. Entonces "se le agujereó el poncho a San Pedro". Empezó a soplar con la fuerza de un ciclón y todos los árboles se doblaban. Volaban ramas, se desgajaron troncos enteros de los paraísos frente a la casa. Como broche empezó a caer granizo, al principio de un tamaño normal, cosa que ya no gustó cuando pensábamos en los sembrados. Pero la "fiesta" no paró ahí, pues las piedras de la granizada fueron aumentando de tamaño hasta ser como huevos de gallinas o como cebollas grandes, y a cebollas se parecían por sus aros concéntricos. Los árboles se deshojaban con gran rapidez. Las tejas del techo caían despedazadas. Un cajón de madera cerca de la puerta quedó deshecho en breves instantes. Terminadas las hojas de los árboles, empezaron a desgajarse las ramas, y cada piedra hacía una nueva herida en la parte expuesta de la planta. Esta furia duró poco, quizá algo más de media hora.

Después salimos, cuando ya no caía más granizo. El cielo volvió lentamente a su color normal, y el viento amainó un tanto.

El suelo estaba cubierto por una capa de piedras de granizo que tardó varias horas en desaparecer. el lado del castigo había, contra la pared, un montón que llegaba hasta casi un metro de altura. Los cercos de ligustros y ligustrinas, totalmente deshechos. La enredadera de la pared, desaparecida. Vidrios rotos, puertas astilladas, y hasta chapas de fibrocemento dobladas, y una agujereada.

No quedaba absolutamente nada. Todos los frutales estaban deshechos, y de la fruta no quedaban más que pedazos en el suelo. Con este espectáculo, y la lluvia que continuaba, aunque no fuerte, fui a ver que había sucedido con las aves. Para empezar, había más de cien gallinas muertas. Encontré infinidad de Torcazas muertas. La misma suerte tuvieron las Torcacitas, Mulatas, Renegridos, Gorriónes, Chingolos, etc. Todos completamente destrozados. Después me dediqué a recorrer los nidos cuya ubicación conocía, y el resultado fue tan deprimente como todo lo demás. Encontré un nido de Torcaza con los pichones deshechos; otros con los huevos rotos, y con uno de los padres muerto sobre los huevos. Muchísimos estaban deshechos (son nidos muy débiles), que no quedaba ni rastros en las ramas. Los nidos de Torcacitas estaban en igual estado.

En un montecito, en medio del campo, encontramos más de cien Torcazas muertas, y cerca de treinta Torcacitas, aparte de muchos Gorriónes que tuvieron igual fin. Próximo a un molino, encontré veintitrés Cuervillo de cara pelada (*Phimosus infuscatus*), muertos, y dos más vivos, pero en un estado tan lastimoso, que me apuré a despenarlo. De vuelta a las casas, continuaba el triste espectáculo que ofrecían la gran cantidad de aves muertas o moribundas. Resolví no examinar más.

El nido de Misto, construido dentro del viejo nido de Cabecita negra, fue destruido por el granizo, interrumpiendo así una serie de observaciones que me hubieran resultado muy interesantes. También desapareció el nido de Misto en la enredadera de la cocina, ya que toda la enredadera fue volteada y desmenuzada por el granizo. El nido de

Jilguero que tiene encima otro de Torcacita, se salvó de las piedras, pero las Torcacitas no aparecieron más, pese a que sus huevos no fueron destruidos.

Después de las piedras, cuando vi destrozado el nidito del Piojito azulado, pensé que quizá hubieran sido muertos, heridos, o cuando menos, que se hubieran retirado del parque, pero hoy los he visto a la pareja junta, en las proximidades del viejo nido, así que tengo la esperanza que vuelvan a nidificar nuevamente.

16-12-50. En los atardeceres serenos tengo el gusto de escuchar "conciertos de Calandrias" frente mismo a la casa. Generalmente hay variaciones muy bonitas en los temas, pero a veces, una de las Calandria parece deleitarse con su propio canto, y en esas circunstancias el canto se pone aburridor. No he podido identificar ningún trozo de sus melodías como perteneciente a algunos de los pájaros conocido. Una de las variaciones preferidas consistía en unas notas ásperas y bajas, parecidas a las que hace un gato cuando se encuentra en apuros o está muy enojado. Esta innovación, estrenada hace poco, me está aburriendo ya, puesto que parece olvidarla y recordarla de golpe. Entonces, poniendo la cabeza de costado, la repite hasta el aburrimiento.

17-12-50. Día muy tormentoso. Salimos para O'Higgins en sulky por el camino de las chacras. Varios chacareros habían arado, o lo estaban haciendo. La cantidad de gaviotas, tanto la de Capucho café, como la de Capucho gris, era enorme y de desacostumbrada mansedumbre, ya que pasábamos a pocos metros y no hacían más que caminar lentamente potrero adentro. Naturalmente mezclados con ellos se veían Cuervillos comunes (*Plegadis falcinellus guaráuna*), y también Teros, Mataduraz y Chimangos.

17-1-51. Cerca de camino, en una rama pelada han dejado colgada una cafetera, y dentro, han hecho su nido una pareja de Mistos, (*sicalis luteola*), que ya tienen 4 huevos.

24-1-51. Día lindo y bastante fresco. Salí temprano de mañana a recorrer el parque a pie. En un nido abandonado de Espinero, había otro de Benteveo (*Pitangus sulphuratus*), en construcción, detalle que me parece muy interesante. Aunque no estaba concluido, ya se notaba la obra de los nuevos dueños: pajas largas y lana, que asomaban por la boca del antiguo nido. Esta boca había sido ampliada, aunque no mucho. Dentro del túnel de entrada también había una capa de material añadido, pero bien fina, y la cámara de incubación estaba prácticamente igual. No puedo decir en que consistirán las futuras mejoras, pero vi a los Benteveos con pajas en el pico, entrando al nido.

Los Mistos con el nido dentro de la cafetera, han sacado sus pichones, y es fácil observarlos haciendo girar el recipiente sobre la rama en que colgaba. Cuando hago esto, la hembra permanece muy cercana, pero no da señas ninguna, ni voz ni movimientos de angustia.

Después del almuerzo me fui a recostar bajo el árbol que rondan siempre las Mulatas (*Molothrus badius*). El nido es uno de Espinero ya deshabitado por sus antiguos dueños. Llegaron tres Mulatas y entraron directamente. Esto me hizo estar seguro que el nido ya les pertenecía

de hecho. Al cabo de un rato, me brindaron un melodioso concierto. Por algo se los llama "Músicos", ya que su repertorio incluye notas variadísimas, incluso unos silbidos largos y melancólicos que son mis favoritos.

25-1-51. En una conífera dentro del parque, y a medio metro del suelo, tienen su nido una pareja de Corbatitas (*Sporophila caerulescens*), con dos pichones. El nido está firmemente anclado de la rama, pese a su aspecto de fragilidad, puesto que ha aguantado la tormenta de piedra. Cuando me acerco, la hembra abandona el nido, pero sin alejarse del árbol, que es bien chico, sino dando vueltas de tal modo que siempre tiene el ancho de la planta entre el observador y ella. Continuamente canta o grita, y lo mismo hacen los pichones, que se pueden oír desde unos cuatro metros del árbol.

También pude escuchar uno de sus cantos, que es un silbo monótono, pero musical.

Llegando al montecito viejo, pasando el alambre, nos topamos con una montonera de huesos, que traen periódicamente de los potreros y apilan para vender. Tendría más de un metro de altura. La conducta de dos Ratoneras me hicieron entrar en sospechas. Empezamos a vigilarlos y después de un largo rato de búsqueda ubicamos el nido. Estaba construido dentro de un cráneo de vaca. La entrada al nido era por el orificio occipital, del cual se veían asomar varias pajitas largas. Este cráneo estaba más o menos a la misma altura de la pila de huesos. En el nido había cuatro huevos. Este es el segundo nido de Ratonera que encuentro dentro de una calavera, ya que en Sta. Clara encontré el otro en un cráneo de caballo, en la pila de huesos que se empleaban para calentar el horno de marcas. Este cráneo tenía todavía añadida la primera vértebra, y la entrada al nido era por un agujero en el paladar.

26-1-51. Estuve un largo rato observando un nido de Pijuí de pecho blanco (*Synallaxis albescent australis*), situado a unos cincuenta centímetros del suelo, en el centro de una mata baja de *Ilex* sp., y difícil de ver desde lejos. Tienen pichones. Continuamente traen comida al nido, y por lo que puedo ver, ésta consiste en pequeñas larvas blancas, lombrices y arañas chicas. En cuanto al comportamiento de los padres, es más o menos el siguiente: Muchas veces se dejan acercar hasta que uno casi toca el arbusto, y luego dejan el nido imperceptiblemente, dando la vuelta alrededor, hasta estar colocados en la parte de atrás de la planta, de donde vuelan casi a ras del suelo hasta una planta vecina. La hembra volaba bien bajo y luego levantaba repentinamente hasta las ramas medianas de un plátano, desde donde podía verme y luego seguía viaje, otra vez cerca del suelo. No tardaba en volver, sin embargo, y entraba nuevamente en el nido de tal manera que me era difícil verla. El macho era un poco más confiado, y empezaba su canto muy briosamente cuando yo andaba cerca, pero por fin se alejaba también y se ponía a cantar aburridoramente en otra planta. Una vez vi a la hembra, al salir del nido, dirigirse al plátano que ya mencioné, y ponerse a juntar con el pico bichos canasto de los más chicos, con los cuales volvió al nido.

28-1-51. He vuelto a ver a los Pijuí de pecho blanco, sacando los bichos canasto de un plátano cercano al nido. Este plátano está plagado de estos bichos, todos muy chicos, que carcomen las hojas de una manera tremenda. Los Pijúis se paraban sobre el peciolo de la hoja, y con movi-

mientos bruscos de la cabeza sacaban los bichos de sus canastos. Para cada viaje al nido llevaban cinco o seis bichos.

Volví por el tercer costado del potrero, y vi muchos Mistos (*Sicalis luteola*), pudiendo observar las maniobras de celo del macho. La hembra permanecía sobre uno de los hilos del alambrado, y el macho, pasando en uno más abajo, vibraba las alas a gran velocidad, levantando la cabeza, y arqueándola hasta casi apoyarla en su propio lomo. Mientras hacía esto emitía notas cortas, rápidas y monótonas. La hembra trató de alejarlo repetidas veces, acercándose a él repentinamente, como lo hacen las hembras de Gorrión, con los machos galanteadores. Cuando consiguió desplazarlo de su percha, el macho dio un corto vuelo en círculo, y cuando estaba a más o menos por sobre la hembra comenzó a vibrar muy rápidamente las alas hasta estar frente a ella, y a la misma altura, y allí, con las alas casi invisible por la velocidad de las vibraciones, ingrátido, empezó a pivotear lentamente sobre su eje. Al quedar de espaldas arqueaba el lomo y parecía mirar a la hembra por sobre el hombro. La llegada de otra hembra interrumpió el "baile", y volaron los tres.

El Misto (*Sicalis luteola*), pulsa muy rápidamente sus alas, separándolas apenas del cuerpo. Tienen otro canto más rápido y estridente, metálico, que emiten en sus cortos vuelos de la época de celo, en cuyo caso batan las alas de manera más visible, muy rápidamente, en arcos bastante abiertos respecto al cuerpo.

22-2-51. Día muy lindo, algo fresco, con viento del E. Las Torcazas están otra vez con sus vuelos nupciales, ya descriptos. También les vi otra maniobra: Estando los dos juntos en una rama, el macho comienza a ascender lentamente en ángulo bastante pronunciado, aleteando con deliberación, hasta llegar a unos cinco metros sobre la hembra, donde sigue aleteando despacio, permaneciendo en el mismo lugar o avanzando muy poco. La hembra hace lo mismo y lo alcanza, y luego se vuelan ambos, con vuelo rápido normal. Este procedimiento es mucho menos común que el anterior descripto, pero también lo he visto varias veces. En algunas oportunidades el que salía último quedaba algo atrás y más alto que el primero, y luego volaban normalmente los dos.

24-2-51. Como muchas veces, he visto a las Torcacitas persiguiéndose, suele ser el macho el que cambia la percha, para ser alcanzado poco después por la hembra. Pero generalmente ocurre lo contrario. En el suelo, donde tanto se las ve, es común observar a la hembra caminando y el macho siguiéndola de cerca, hasta colocarse justo detrás, momento en que empieza a avanzar a saltitos, con la cabeza bien baja sobre el cuerpo. La hembra muchas veces apura el paso, y si se aleja demasiado, el macho queda un momento como desconcertado y mueve la cabeza en esa manera tan particular en las palomas. Por lo común, con un corto vuelo vuelve a acercarse a ella y comienza nuevamente la persecución.

26-2-51. Fuimos a un remate de hacienda en Junín, donde se vendían vaquillonas de la estancia. En el camino vimos una enorme concentración de Golondrinas barranqueras (*Notiochelidon cyanoleuca patagonica*), paradas sobre los hilos telefónicos, a veces en una extensión de más de una cuadra, y muy apretadas, de manera que su número era muy considerable. Estas agrupaciones tenían espacios entre una y otra, donde se veían los hilos casi vacíos, y todo ocupaba el largo de varios kilómetros. Probablemente se preparaban para emigrar.



Nido de Gaviota de capucho café (*Larus ridibundus maculipennis*), con tres huevos.



Nido de Gallareta de escudete amarillo (*Fulica leucoptera*), con un huevo propio y dos del pato parásito *Heteronetta atricapilla*, los que se distinguen por su color claro y mayor tamaño.

6-4-51. De vuelta de O'Higgins, en el camino vi una Lechucita (*Speotyto cunicularia*), llevando un ratón o laucha en el pico; y por la tarde, desde la quinta, vi otro halconeando. Por reloj, estuvo exactamente 3 minutos en el mismo lugar. Toda la maniobra fue así: 3 minutos en un lugar estático, a unos 30 metros del suelo. Luego se desplazó unos 5 ó 6 metros hacia la izquierda, apenas un metro más abajo, donde quedó halconeando nuevamente cerca de un minuto, y desde allí se largó cerrando las alas hasta unos 3 metros del suelo, haciendo un desplazamiento hacia un costado, y luego a plomo, desapareció en el pasto.

Cuando hacen la picada, en realidad por lo que he podido ver, no cierran las alas, sino que las llevan algo abiertas, formando arcos a los costados del cuerpo, y poniendo a este casi vertical, cabeza para abajo. Posiblemente este "tubo" que hacen con las alas les da dirección y velocidad en la picada. Cuando cae a plomo desde los 3 metros hasta el suelo, pone el cuerpo más horizontal, y las garras muchas veces extendidas hacia adelante.

1-10-53. Las Gallaretas de escudete amarillo (*Fulica leucoptera*), se ven abundantes. Distingo algunos nidos y me acerco a observarlos. El más próximo está a unos 15 m. de la orilla; el agua me llega hasta casi la rodilla; está ubicado casi al descubierto, con una mata de duraznillo al costado y pastos verdes, cortos, alrededor; el nido se alza poco sobre el agua, tiene abundancia de juncos verde, aparentemente cortado hace poco tiempo; hay seis huevos frescos. Un segundo nido, a 30 metros del anterior, y a la misma altura sobre el agua, tiene cuatro huevos, algo sucios, y semiincubados; la cantidad de juncos es menor y las briznas son más amarillentas; no hay pastos; algunos trozos cortos de duraznillo en la base, cerca del agua. Otro nido más adentro, a unos 70 metros de la orilla; el agua sobrepasa mis rodillas; este nido se alza algo más que los otros sobre la superficie del agua, pero es de conformación similar; está compuesto por abundantes juncos cortados semisecos, mezclados con otros trozos nuevos y bastante pasto verde; tiene tres huevos frescos. Los dueños de los nidos nadan a bastante distancia y continuamente oigo su *Cut-cut-cut*; de tanto en tanto, uno se desplaza velozmente por su superficie, golpeando el agua con las alas, perseguido por el otro.

En el mismo charco hay dos nidos de Chajá (*Chauna torquata*), muy llamativos por la escasez de plantas altas. Uno está casi en el centro de la lagunita, que es casi redonda, a unos 80 metros de las orillas; tiene tres huevos semiincubados, sucios. El otro nido, a unos 35 metros de distancia, tiene cinco huevos y un pichón grande cubierto de plumón; rompo uno de los huevos y compruebo que está estéril, descompuesto; hago lo mismo con los otros, comprobando que todos son infecundos.

A bastante distancia de las orillas podían verse otros dos nidos de estas aves, con tres y cuatro huevos respectivamente. Los dueños volaron cuando aún me hallaba lejos, y se asentaron a unos 200 metros de distancia, en silencio.

Poco después consigo un nido de Gallareta de escudete amarillo que tiene dos huevos propios y uno del pato de cabeza negra (*Heteronetta atricapilla*); este nido está a unos 17 m. de la orilla, en un macizo bastante cerrado de juncos jóvenes. El nido está construido con juncos secos, sin rampa, a unos 20 cm. sobre la superficie del agua que me llega poco abajo de las rodillas. En otro nido de la misma especie de Gallareta, ha-



Nido de Gallareta de escudete amarillo (*Fulica leucoptera*), con su característica forma redondeada y sin rampa.



Nido de Chajá (*Chauna torquata*), con cinco huevos; construido en un pantano con abundantes plantas acuáticas

bía un huevo propio, y dos del Pato de cabeza negra. Tomo foto de estos dos nidos, que son invisibles desde la costa.

En un bajo contamos 56 flamenco (*Phoenicopterus ruber chilensis*), con alto porcentaje de juveniles. Algunos estaban donde ya no se hacía pie, y se los veía boyar sobre las pequeñas olas, pese a esto exploraban el fondo con el pico, girando el cuello hacia uno y tro lado rápidamente. Con dificultades traté de tomarles algunas fotografías, porque no se dejaban acercar mucho.

Después del almuerzo (14,30 horas), salimos todos a dar una vuelta en auto. A unos 60 mettros de distancia del monte, y a unos 5 metros de la huella encontrtramos un nido de Tero (*Belcnopterus chilensis lampro-nctus*)¹. Para acercarnos al nido tuvimos que pasar detrás de unas vacas, que corrieron hacia ese lugar. El Tero se limitó a levantarse y a permanecer con las alas levantadas, en silencio, a unos 20 metros de distancia. El nido tenía cuatro huevos.

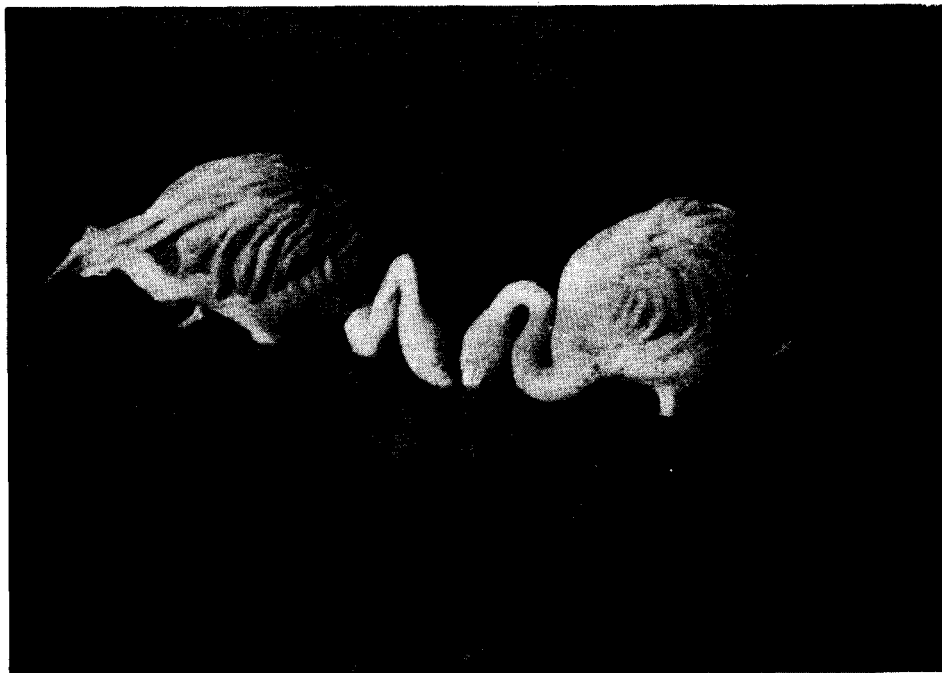
En un pantano (laguna chica) más hacia el potrero de la laguna principal, encontré varios nidos de Gallareta de escudete amarillo. Me metí en el agua para examinarlos. Los dueños abandonaron sus lugares, nadando silenciosamente entre los juncos y duraznillos, cuando aún me hallaba a unos 60 metros. El primer nido que alcancé tenía 6 huevos, y estaba a unos 15 metros de la orilla más cercana, y las plantas acuáticas más próximas estaban a unos 20 metros, de manera que resultaba aparente aún de lejos. El segundo nido, a 23 metros del primero, tenía 5 huevos, y era el más voluminoso de todos. El agua me llegaba poco más abajo de las rodillas. El tercer nido, tenía 6 huevos, y estaba en una zona con más abundancia de duraznillos, y bien alejado de los juncos. Las huellas de las vacas pasaban en el barro muy cerca del nido; tenía aspecto de más viejo que los demás, porque los juncos de los costados, y de la base, estaban casi totalmente secos. El cuarto nido tenía 4 huevos, y el quinto 3 huevos, y especialmente este último, parecían a medio terminar.

En otra laguna, internándose por entre un cardal espeso y el agua, a unos 40 metros de la orilla, vi un nido de Gallareta de escudete amarillo, que tenía 7 huevos. Había varios más, visibles desde el primero, y pese al agua helada, llegué hasta ellos; tenían 4, 3, 6, 4 y 5 huevos, respectivamente. Del nido primero saqué los siguientes datos: sin rampa, circular, forrado con junco húmedo, fresco, por dentro juncos jóvenes; anclado a medias en un macizo de juncos jóvenes muy malos; alejado por lo menos unos 15 metros de nido más próximo. Los dueños se mantuvieron alejados y silenciosos, sin que viera persecuciones entre ellos, mientras nos mantuvimos a la vista.

En un rincón de la laguna había una enorme concentración de estas Gallaretas.

En esta laguna también había nidos de Gaviotas de capucho café, perfectamente visibles desde la orilla. Los más cercanos estarían a unos 10 metros. Los nidos que examiné, contenían respectivamente, 1, 2, 1, 3, 2 y 3 huevos.

¹ El nombre específico *chilensis* corresponde a *Parra chilensis* Molina, 1782, y substituye a *cayennensis*.



Pareja de Flamencos (*Phoenicopterus ruber chilensis*)

3-10-53. Día fresco, nublado y con lloviznas aisladas. En un acacio separado de los demás en el montecito detrás de la casa, encontré un nido de Piojito azulado (*Polioptila d. duminicola*), a 2,70 m. sobre el suelo, en una horqueta chica a 25 cm. del tronco principal. Ambos Piojitos andaban por la vecindad. La hembra recorría las ramas próximas al nido, asumiendo todas las posiciones imaginables. De golpe comenzó a recorrer la misma rama del nido por su borde inferior, de manera que avanzaba cabeza abajo. Yendo de esta manera pegaba brinccos cortos de unos cuatro o cinco centímetros a lo sumo, volviendo a agarrarse de la rama, siempre en posición invertida. Después de unos seis minutos de esta gimnasia volvió al nido llevando una buena porción de líquenes muy finos. Se trepó al borde del nido, se acostó en su interior, y comenzó a girar sobre sí misma, en tanto que entretejía los líquenes con el material ya puesto. El macho, mientras tanto, recorría las ramas que estaban sobre mi cabeza, a menos de 50 cm. de distancia, retándome continuamente. El nido no contenía huevos.

Por la tarde vi una congregación de Pirinchos (*Guirra guirra*), en el monte detrás de la casa. Parecían estar más desaliñadas y prehistóricas que de costumbre, con el mal tiempo. Pude oír sus "matraqueos" y demás ruidos, uno de los cuales me llamó la atención, era un croar carraspeado con algo del grito de los escuerzos, y que interpreto así: *CRooocaaAC*..., repetido varias veces.

En el potrero del frente, más allá del alambre, llegan bandadas reducidas de Cuervillos comunes (*Plegadis falcinellus guarauna*), y Cuervillos cara peladas (*Phimosus i. infuscatus*), especialmente los primeros.

En un primer plano cuento 270. Todos muy ocupados, perfectamente conformes con la lluvia, hociqueando en el pasto, caminando bastante rápido y girando la cabeza hacia uno y otro lado. De tanto en tanto caen nuevas bandadas bastante nutridas, y pierdo la esperanza de poder llevar la cuenta. Cuando un grupo grande levanta vuelo, siento, a más de 100 m., el ruido opaco de sus alas cargadas de agua. Hoy no tienen los tintes bronceados metálicos de costumbre, parecen muñecos negros caminando en la lluvia.

En un aroma, a unos 30 m. de distancia, con sus ramas cargadas de brotes de verde nuevo, cada uno con una perla de agua en su extremo, andan siete Benteveos (*Pitangus sulphuratus bolivianus*). Se sitúan en las ramas más altas. Uno de ellos, empapado, con las alas caídas a los costados del cuerpo, canta continuamente. De un árbol vecino llegan tres más, y uno llega agitando, vibrando muy rápidamente las alas y "matraqueando" con el pico. En el mismo árbol, unos metros más abajo, y más reparado, hay más de una docena de Mulatas (*Molothrus b. badius*), y oigo continuamente sus guitarreadas melodiosas y tristes.

Llegaron también grupos de Renegridos (*Molothrus b. bonariensis*), con superabundancia de machos, e iniciaron un "concierto", que es una de las cosas más agradables para el oído. La gama de sonidos parece inagotable, los acordes melódicos y todo un substrato melancólico lindísimo.

Al atardecer oigo los gritos del Carao (*Aramus guarauna*), traído desde lejos por el viento. Acompañan maravillosamente el espíritu del atardecer.

La puesta de sol fue gloriosa. Un cielo de mucha tormenta y despliegue de violáceos y anaranjados. En el poniente, se veían nubes moradas superpuestas, de tonalidades poco comunes. Todo el cenit era de un tono celeste rosado pálido, y del lado del levante, nubes algodonosas con bordes de gran blancura. Súbitamente el cielo todo se tiñó de sangre, y el sol murió poco después en un lecho de nubes grisáceas, quedando, cuando hubo desaparecido, un color amarillento verdoso que daba contornos irreales a todos los objetos. Desde la lomada, y oyendo el cencerro de las lecheras que venían por el camino del potrero, sentí, que tardes así, son las que nos hacen agradecer el tener la sensibilidad para captar toda su magnificencia.

Como toque final pasaron las Gaviotas del atardecer, volando hacia el poniente, no en largas filas o disgregadas como de costumbre, sino en masas compactas y muy alto.

Después de cenar, estuve sentado en la galería del frente, llovía muy lentamente. Del cielo sin una estrella, caían los gritos de las Gaviotas.